

Edición 1110 - 14 de mayo de 1934
1934

Luis Orrego Luco: "Memorias del Tiempo Viejo"



Palacio Carillán, Santiago



MEMORIAS DEL TIEMPO VIEJO
de Luis Orrego Luco

Nacido en 1866 y muerto en 1948, don Luis Orrego Luco vivió plenamente el período conocido como bella época. Sus "Memorias" son, según Eugenio Pereira Salas, "a la vez un valioso y fundamental documento de época, una fina y curiosa y representativa de los hombres notables de la élite social, política y política del país (...). Pero el ítem, son una obra literaria de trascendente valor que puede compararse a las "Recuerdos del Páramo", de Vicente Pérez Rosales (...). Las "Memorias" de don Luis Orrego Luco trascienden el pasado inmediato en "tiempos nuevos", como diría Manuel Prunet, en historia de ayer y de hoy hecha un solo día por la enorme pluma nerviosa y espontánea de un noble escritor".

La publicación por "Ediciones de la Universidad de Chile", a ser llevada al primer mes de mayo, habrá probablemente de constituir un éxito editorial como lo han sido en nuestro medio otras publicaciones de este género. "Artes y Letras" entrega a continuación, a manera de adelanto, algunas muestras de los recuerdos de Orrego Luco.



José Manuel Balmaceda

Y todos encontraron que era una moda divina. En mis novelas he descrito la atórida sataniqua de aquellos tiempos con la mayor precisión que me ha sido posible. Grandes kerismos o bailes de carnaval, luego de traer en las carreras del Club Hípico, que era entonces la concentración de la crema aristocrática. En esta vez nos muestra un prurito de abstracción y de nobleza inabismables: muchos se creían despreciados de un príncipe prusiano o de algún dios. Me cuentan que don Manuel Balmaceda de Arica, cuando con don José de la Cerda, había hecho pasar sobre la portinera de su carro, en Madrid, los años de los señores de Medinilla, no lo pudo creer cuando las vi con sus ojos, era la pura verdad. Y cuentan en Sevilla que cuando llegaron los chinos en visita al Alcazar, recorrieron la galería de retratos en grupo. Al llegar uno de don Simón IV de Castilla se detuvo. Manoteó indignada y dirigiéndose a don José Novales de la Cerda.

—¡Ahí tienes —le dijo— al bello que te despoja del trono.

El Club Gimnástico, Centro de Recreación. El Parque Coxcoño

Nuestro punto de reunión juvenil era el Club Gimnástico, situado en la calle de Bustamante, cerca de Alameda. Allí había de encontrarse, cuatro años más tarde, la juventud revolucionaria del 91. En la sala de lectura se encontraba siempre Miguel Ángel Falcón, famoso españolista, y el doctor Federico Puga Barros. El che Zañartu se acomodó a contemplar, florido en mano, y nos decía:

—¿Qué exvoto prepararon para la medicina?

Por la mañana salía a una clase de leyes, de las cuales salía acompañado de Guillermo Rivera a las 11, para juntarme en el pino del centro, en la mansión de los Parrales, con Luis Iguarán, empleado en el Ministerio de Hacienda, y Alejandro Silva de la Fuente, que figuraba entre los escritores jóvenes.

A las seis y media de la tarde nos fuimos al paseo de la Alameda. Era día, en aquella época, el primer paseo veraniego de Santiago, hasta las ocho de la noche, hora en que los fanáticos lo abandonaban precipitadamente, pues había sonado la hora de la comida. Algunas chicas se iban corriendo. La sociedad de buena fama se reunía allí. Los caballeros y señoras iban en su mayoría de levita o chaquet, y sombrero de pán. Los elegantes a la europea, como Arturo Covadón, usaban solapas blancas y grandes flores en el ojal, haciendo con pulso de plata y guantes color pinto.

Cantabros de Nuestra Sociedad. Casa de la Gente

PARA pintar la manera de ser de los santiaguinos y su vida mundana, no puedo resistir a la tentación de citar una anécdota que escuché a don Carlos Bobinet. Según parcos, una señora amiga de él debía dar un gran baile. Por desgracia, se olvidó que tenía una cuenta atrasada de gas de seis meses, y la Compañía tuvo la mala idea de mandar cortar el gas a las seis de la tarde del día inmediato para la fiesta. La dueña de casa no perdió el ánimo. Mandó pedir prestado los candileros de plata de todas las casas de su familia, que estaban involucradas, naturalmente, y todas las reuniones, aun cuando sin tanto esplendor. Bobinet fue llamado por la señora que le expuso su culpa.

—No hay más que pagar, y de eso no escarago yo —agregó Bobinet.

Pero como ese día era sábado y habían cerrado las oficinas del gas, el asunto era horrible. Tuvo que ir Bobinet en busca del gerente para exponerle el caso. Este, que era una simpática persona, no tuvo reparo en ir, en persona, en busca de operarios que restituyeran el servicio. A las diez de la noche, cuando aparecieron los invitados, se encontraron con que sólo había dos faros de gas encendidos. Los dos ventiladores y el gas estaban todos los días encendidos con infinitos candileros con velas.

—Ésta es la última moda de París —exclamaba la señora de la casa al recibir sus visitas.

quero y primo Bello Codrón, gran amigo nuestro. Naturalmente, el primero que hicieron los literatos. Fue el primer apellido del apodo de Carillán a nuestro círculo.

Albiondo Silva de la Fuente pronunció un largo discurso muy correcto y en admirable castellano, para un tanto frío. No era orador. Alfonso Guzmán se había largado a sostener que tratáramos de abandonar de la Sociedad para combatir la fe, y como uno de los nuestros expresara que se quería reventar la Sociedad a sus espaldas, el Sr. Guzmán contrarió a la independencia de América. Guzmán exclamó, con acento chileno: ¡Respeto el chileno y adoro la independencia! Ese adoro se hizo famoso y Carlos Luis Hübler jamás volvió la cabeza de radicalizarlo, a pesar de que se combió a la hora de su muerte, muchos años más tarde. En el calor de la discusión, llegamos hasta votar la existencia de Dios, que se salvó por sólo un voto de mayoría, como sucede en la vida de España.

La indignación de los bestos fue tan grande que una noche volaron los muebles y sillas de la sociedad y el domingo siguiente nos encontramos con la sala desmantelada, pues había desaparecido hasta el libro de Actas. Fue tan grande el escándalo de los buenos literatos que los Buenos pelearon con Aníbal Cruz Díaz, que figuraba entre los asistentes. Más después había de tratar con su hermano Isidoro. Como primera providencia, se cerraron las puertas de su casa, lo que convirtió al pobre chico Cruz en imagen de la desolación humana.

Pedro y don José Manuel. Enfermedad de Pedro. Balmaceda íntimo

De cuando en cuando solía ir a La Moneda, a ver a Pedro Balmaceda, con quien me ligaba amistad estrecha desde hacía muchos años. Tenía la bella enfermedad y rubia de los príncipes de las ciencias de todas, mucha imaginación y personalidad intelectual, pero con una exquisita satirización de artista.

Solaba, como Balmó, con ser estivo y amado. Le conocí dos o tres años, uno de los cuales tenía un fondo de tragedia griega. Quiso también a una joven de Valparaíso que me escribió cartas románticas, llenas de pasión, que Pedro me las, haciéndome jurar reserva.

Lata mucho. Yo, que era mayor que él, le había iniciado el misterio de los grandes escritores franceses, y punto hacíamos recorridos por el centro. Damos a parar a la tienda francesa de Monsieur Chopin, en el Paseo Marítimo, donde vendían guantes y artículos de caballeros. M. Chopin en la tienda tenía estantes llenos de girasol novelas francesas de Zola, Daudet, Renan, Gide, Víctor de Lila, Adam, Dumas, Balzac y Barbey d'Aureville. Compraba muchos libros y yo le prestaba otros.

Don José Manuel Balmaceda solía a veces detenerse a conversar conmigo, y me hablaba de los clásicos, de Virgilio, de Horacio, cuyos versos latinos citaba de memoria. En una ocasión nos divertí en la casa de Chopin, situada en una galería de salas de pergamino, y con los lugares que usaban reinos jurados en marfil, mientras se veía al falero en coque de oro.

Don José Manuel vivía en el pasado e ignoraba la literatura moderna. De los modernos sólo conocía a Gautier y a Thiers. Veía siempre la exterioridad, sin penetrar en el fondo de las acciones y de los intereses humanos. Quería deslumbrar. No le preocupaba la opinión pública, sólo consideraba con ansiedad la opinión de los círculos sociales.

El locuaz que en aquellos momentos se prodigaba en el Parlamento y en la prensa todos los grandes pecuneros políticos del partido liberal, diáspora, que tanto combalieron antes en candidatura, balagaban su vanidad.

El pobre Pedro debía morir poco menos después, esfuerzo del corazón. Se operó con éxito el uso de última suplicio que me ligaba a La Moneda. En aquellos tiempos los dos hermanos menores, Enrique y José Manuel, salían corriendo por las ciudades con los brazos abiertos gritando: ¡Yo, así vive el día, Pedro, en breves, me había dicho que yo era lo de ellos.

En esos meses fuere traído de Iquique los restos de los héroes del 21 de mayo, con gran ceremonia. Se quería recibir dignamente uno de los episodios más grandes y heroicos de la historia de Chile. Varían naves de guerra habían ido a buscarlos. Eran los representantes de la marina, del gobierno, de la magistratura y de la iglesia.

No puedo dejar de referir un curioso momento. Entre los representantes del Congreso iba don Julio Jager, orador y político de nota, parlamentario eminente, pero la magistratura, don Galvarino Gallardo.

Don Julio había preparado cuidadosamente un brillante discurso para la comala del día siguiente, en el buque almirante. Quería aprovechar de memoria y lo leí varias veces. A don Galvarino le oí decir que una de las lecturas y como poseía una admirable memoria, lo recito por entero. Al día siguiente, llegada la hora de la comala, don Galvarino se puso y con palabras magníficas pronunció un admirable discurso. Todos aplaudieron. Don Julio, en vez, estaba desorientado y abrió sus ojos como si estuviera en un sueño. Como si estuviera en un sueño.

Memorias del tiempo viejo". [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN
1984

FORMATO
Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN
Memorias del tiempo viejo". [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN
[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile